

y enseñoreando aquellas aguas dióse á correr con su victoriosa escuadra todo el litoral desde el Ebro hasta el cabo Martín, saqueando depósitos y talando los pueblos y campiñas de la costa, incendiando hasta los arrabales de Cartagena, sin que Asdrúbal hubiese podido hacer mas que avistar la catástrofe con el desconuelo de no poder repararla, y seguir por tierra con piés y con ojos los rastros de la armada romana y ser testigo de los estragos que iba haciendo, hasta que tuvo por prudente retirarse á Cádiz mientras el romano daba la vuelta por Ibiza á Tarragona. Así reparaba Cneo Escipion en España por tierra y por mar los reverses que en Italia sufría Roma en el Tesino, Trébia y Trasimeno (217).

Al que marcha en bonanza y navega con próspero viento apresúranse todos á convidársele amigos: al que la fortuna se le muestra hosca y ceñuda, abandónale los mas amigos y le vuelven la espalda. Esto acontecia entonces en Italia y España. Allí naciones enteras antiguas aliadas de Roma se levantaban en favor de Aníbal victorioso: acá naciones enteras aliadas de Cartago ofrecían su alianza á Escipion triunfante: en Italia iba Roma en caimiento, y en España iba Cartago de caida. Mas de ciento y veinte pueblos españoles se confederaron con Cneo Escipion, principalmente celtíberos, gente poderosa y de brio, con cuyo auxilio pudo Cneo hacer una atrevida correría hasta Castulon, centro de la dominación cartaginesa.

Solo los ilergetes, capitaneados por dos régulos, Indibil y Mandonio, se atrevieron á tomar las armas contra los romanos y á entrarse tumultuariamente en sus tierras. Á juzgar por los discursos que los historiadores ponen en boca de aquellos dos caudillos, fué el primer grito de independencia que se levantó en España contra el poder romano, y en general contra toda dominación extranjera. «No os fieis, decían, de unos extranjeros que, con pretexto de abatir el orgullo de los cartagineses, vienen á quitaros vuestra libertad y á usurparos vuestros bienes. Así han venido antes los griegos, así los mismos cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse despues con el mando y ponernos una vergonzosa servidumbre. ¿Qué necesitamos del auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido á ellos son traidores á su patria y á su libertad.» No vemos que los historiadores españoles hayan reparado bastante en este primer grito de independencia, y sin embargo, si aquellos dos jefes hubieran sido mas afortunados, si su voz hubiera encontrado eco entre sus compatriotas, hubieran podido pasar por los primeros restauradores de España. Pero enclavado el país entre pueblos confederados de Roma, y auxiliados estos por un cuerpo de tropas con que acudió Escipion, fácilmente dieron cuenta de los sublevados: y Asdrúbal, que se había acercado á fomentar aquellas alteraciones, sufrió dos grandes derrotas por los bríosos celtíberos, que esparcieron el terror por el campo cartaginés (1).

Tanta importancia daba el senado romano á la guerra de España, que con admiración vemos cuidaba de atenderla con preferencia á la Italia misma, no obstante lo envalentonado y pujante que allí se ostentaba Aníbal. Envió, pues, á España treinta galeras con ocho mil hombres y gran provision de vituallas, al mando de Publio, hermano de Cneo, el mismo que cuando se declaró la guerra había sido destinado á este país. Acordaron los dos hermanos hacer un movimiento sobre la desgraciada Sagunto. Sabían cuánto gusto daban en esto á los españoles, y la política de Roma era ganarles las voluntades. Un concierto entre Abelux ó Abeluze, noble saguntino, y el gobernador del castillo, el cartaginés Bostar, les puso entre las manos los rehenes que en la fortaleza de Sagunto había dejado Aníbal, á condicion de que habrían de entregarlos libres á sus familias. Cumpliéronlo así los Escipiones, y aquel rasgo de generosidad (que á lo menos por tal se tradujo en aquel tiempo, en que debían escasear mucho las acciones generosas), les captó á los romanos gran partido entre los españoles. Enturbióles la alegría de aquel suceso la noticia de la funesta derrota de Cannas (216). Ellos, como fuese llegado el invierno, levantaron el campo de las cercanías de Sagunto, y se volvieron á invernar á Tarragona.

(1) Tit. Liv., lib. XXII.

El senado cartaginés por su parte ordenó á Asdrúbal que pasase á Italia. Expuso el general los riesgos que con esta partida correría la España toda, si antes no se le enviaba un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles; y en ello tenia razon sobrada, puesto que acababan de darle no poco que hacer los tartesios, que incitados y capitaneados por Galbo se le habían rebelado y puéstole en mas de un apuro, aunque al fin lograra sosegarlos despues (2). En su virtud vino Himilcon, nombrado gobernador de España, con grueso ejército, y á Asdrúbal se le repitió la orden de pasar á Italia. Obedeció éste, aunque no de buen grado, y púsose en marcha la vuelta del Ebro. Importaba á los Escipiones estorbar á toda costa su proyecto, y saliendo á encontrarle halláronse de frente cerca de aquel rio. Trabóse allí una reñidísima batalla, en que pelearon los romanos como si de ella dependiese la suerte de Roma, y aun el señorío del mundo. Abandonaron muchos españoles á Asdrúbal, y sirviéronle ya poco al cartaginés su pericia y sus personales esfuerzos. Veinticinco mil africanos quedaron en el campo: prisioneros diez mil. Recogióse Asdrúbal con cortas reliquias de su ejército á Cartagena. Casi todos los pueblos de España se arrimaron al partido de los romanos (3).

Ni Roma se cansaba de enviar auxilios, ni Cartago refuerzos. Roma, exhausta de recursos, hallaba en la generosidad de los ciudadanos con que subvenir á las necesidades del ejército de España, que eran muchas, y los Escipiones observaban la política de no disgustar con exacciones al país conquistado. Cartago volyó á enviar otras sesenta naves con doce mil infantes y mil quinientos caballos al mando de Magon, hermano tambien de Aníbal y de Asdrúbal. Aliéntanse con esto los cartagineses de España, pero no por eso los alumbró mejor estrella. Los tres generales reunidos se ponen sobre Illiturgi (Andújar), que les había hecho defección, y acudiendo los Escipiones hacen gran matanza en su gente, y les toman cuatro mil prisioneros (4). Igual éxito alcanzaron otra vez que volvieron sobre Illiturgi. Pasa despues el derrotado ejército cartaginés á acometer á Intibil ó Incibile (entre Teruel y Tortosa), y recibe otro escarmiento: aquí murió Himilcon, capitán esforzado. Ni fueron mas afortunados en Bigerra, en Munda (sobre las bocas del Ebro), en Aurigis (Jaen): en todas partes eran desbaratados los cartagineses, á pesar de haber venido Asdrúbal Gisgon en reemplazo de Himilcon. Lo peor era que en Italia se cansaba la fortuna de sonreír á Aníbal, y allí tambien se mostraban ya engreidas las águilas romanas. Solo les quedaba á los cartagineses el genio de Asdrúbal Barcino, que superior á todos los desastres es muchas veces vencido, pero jamás desmaya; se retira, pero no sucumbe.

Acordáronse entonces los Escipiones, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que destruida por Aníbal y reedificada despues, llevaba ya cinco años en poder de los cartagineses, y estaba siendo afrentoso padron de la fe romana. Dirigiéronse á ella; obligaron á la guarnición á capitular, y sacándola del dominio cartaginés la restituyeron á los pocos vecinos que habían podido sobrevivir á la catástrofe primera (214). Revolvendo despues sobre la capital de los turboletas, los causadores de su anterior ruina, la desmantelaron y arrasaron por los cimientos, vendiendo á sus habitantes en pública almoneda. Devuelta Sagunto á sus antiguos dueños, fué recobrando bajo los romanos su prosperidad; y á esta época deben atribuirse los magníficos restos que han quedado de esta ciudad de gloriosos recuerdos.

Todo parecia conspirar en este tiempo contra Cartago. Aníbal empezaba á ser vencido en Italia, como luego habremos de ver. En Cerdeña el ejército de Asdrúbal el Calvo era deshecho por Tito Manlio Torcuato. En Africa un príncipe nómada nombrado Siphax, llevado de un particular resentimiento, volvía sus armas contra la república, y ofrecía su alianza á los romanos. ¿Cómo no sucumbió Cartago en situa-

(2) Livio escribe *cartesios* por *tartesios*, lo que ha dado lugar á versiones y conjeturas que no nos parecen necesarias.

(3) *Tunc vero omnes prope Hispanie populi ad romanos defecerunt.* Tit. Liv., lib. XXIII.

(4) Mas de tres mil infantes, dice Livio, y poco menos de mil caballos. *Ibid.* cap. 34.

## SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES

El monumento conocido con el nombre de *Torre ó Sepulcro de los Escipiones* se halla á una legua de Tarragona, junto al camino que desde esta ciudad va á Barcelona, no léjos del mar y en medio de un bosquecillo. Sobre un anchuroso zócalo cuadrado elévanse dos cuerpos de la misma forma, construidos con grandes sillares, sin ningun adorno; la parte superior está bastante deteriorada, debiendo haber venido al suelo un buen trozo de fábrica, que ahora tiene mas de treinta piés de altura. A pesar de su sencillez, respira tanta elegancia en sus proporciones y tanta majestad en el conjunto, que no sabemos si la hubieran caracterizado mejor detalles y esculturas. En la parte que mira al mar, en el primer cuerpo sobre el zócalo resaltan dos figuras que no calificamos de bajos relieves, porque exceden la regular medida de estos, ni de estatuas aisladas, porque están esculpidas en las mismas piedras del monumento; apoyadas cada una en un pequeño pedestal con la cabeza reclinada en una de sus manos, aun á través de lo roído por el tiempo y el aire del mar vese en su rostro una expresion de tristeza que se aviene bien con el destino del monumento. En concepto de algunos autores, como no advierten en estas figuras ninguna de las insignias con que se acostumbra á decorar las heróicas, representan dos esclavos con que el escultor quiso personificar el dolor; otros autores las consideran como dos guerreros vestidos con el *sagum* de campaña. Sobre ellas corre todo el frente una lápida muy estrecha, cuyos semi-borrados caracteres por lo ininteligibles no pueden conducir á ninguna aclaracion concerniente á la obra, que no debió estar aislada, pues á su alrededor, al abrirse la carretera moderna, se encontraron restos de muros y otras señales de edificios.

Nada, pues, en este monumento indica á qué ilustres personas se dedicó, y en vano es acudir á la historia que tambien guarda silencio sobre el particular; tan solo la voz popular ha designado los habitantes de aquel sepulcro, llamándolos Escipiones. Es cierto que ningun documento apoya esta tradicion, pero tampoco puede oponérsele nada, si ya, hasta cierto punto, no la favorece la circunstancia de haber muerto los dos héroes romanos en batalla campal cerca de Tarragona, y la de que á ellos debió esta ciudad gran parte de su esplendor, pudiendo muy bien la gratitud pública haberles erigido por estas causas dicho monumento.

## PUERTA CICLÓPEA LLAMADA LA PORTELLA, EN TARRAGONA

Una de las mas antiguas invasiones de una parte de la España, aquella á que despues correspondió la de la provincia tarraconense, fué la de los pelasgos, pueblo vigoroso que se enseñoreó del territorio á despecho de los indígenas. Para defender sus nuevas moradas de la continúa hostilidad de estos ocurrióseles á los pelasgos rodearlas de muros consistentes en la superposicion de enormes moles de piedra, trabajo verdaderamente de titanes ó ciclopes, por cuya razon se titulan esas primitivas murallas *maros ciclopeos*.

Lo primero que se ocurre al examinar los materiales de dichos muros es de dónde fueron extraídos y por qué medios se colocaron en su actual sitio. En seguida y á la vista de las angostas puertas de entrada, que no tienen vestigio de marco, ni dintel, ni manera alguna de cerrarse, cómo se practicaba esta operacion tan natural, y mucho mas en un pueblo que se fortifica contra enemigos á quienes teme.

Tocante á la colocacion de las piedras, hay quien opina que fueron conducidas por el sistema rodado; pero ¿de dónde y cómo fueron extraídas? Por de pronto es indudable que las peñas no se sacaron de sitio contiguo, pues no existen en el terreno canteras á propósito. Además, ¿cómo se cortaron cuando sus constructores carecian de instrumentos al efecto? ¿Cómo se elevaron siendo así que les era desconocida la cábría, la polea, los instrumentos todos que tan poderosamente auxilian las fuerzas del hombre?

Por lo que hace á las entradas ciclopeas de la ciudad, una de las cuales se conserva hoy con el nombre de la *Portella*, es sumamente raro que un pueblo que comprendia la puerta y la conveniencia de hacerla baja y angosta, sin perjuicio de que por de pronto no diera acceso sino á una especie de corredor oscuro y estrecho, medidas todas encaminadas á evitar una sorpresa, no haya dejado vestigio de su sistema de cierres, haciendo presumir que las entradas no se cerrarian, sino que se obstruían, bien con troncos y ramas, bien haciendo rodar alguna gran piedra hasta la boca del muro, todos ellos sistemas que acusan un estado de civilizacion mas que infantil.



SEPOLCRO DE LOS ESCIPIONES

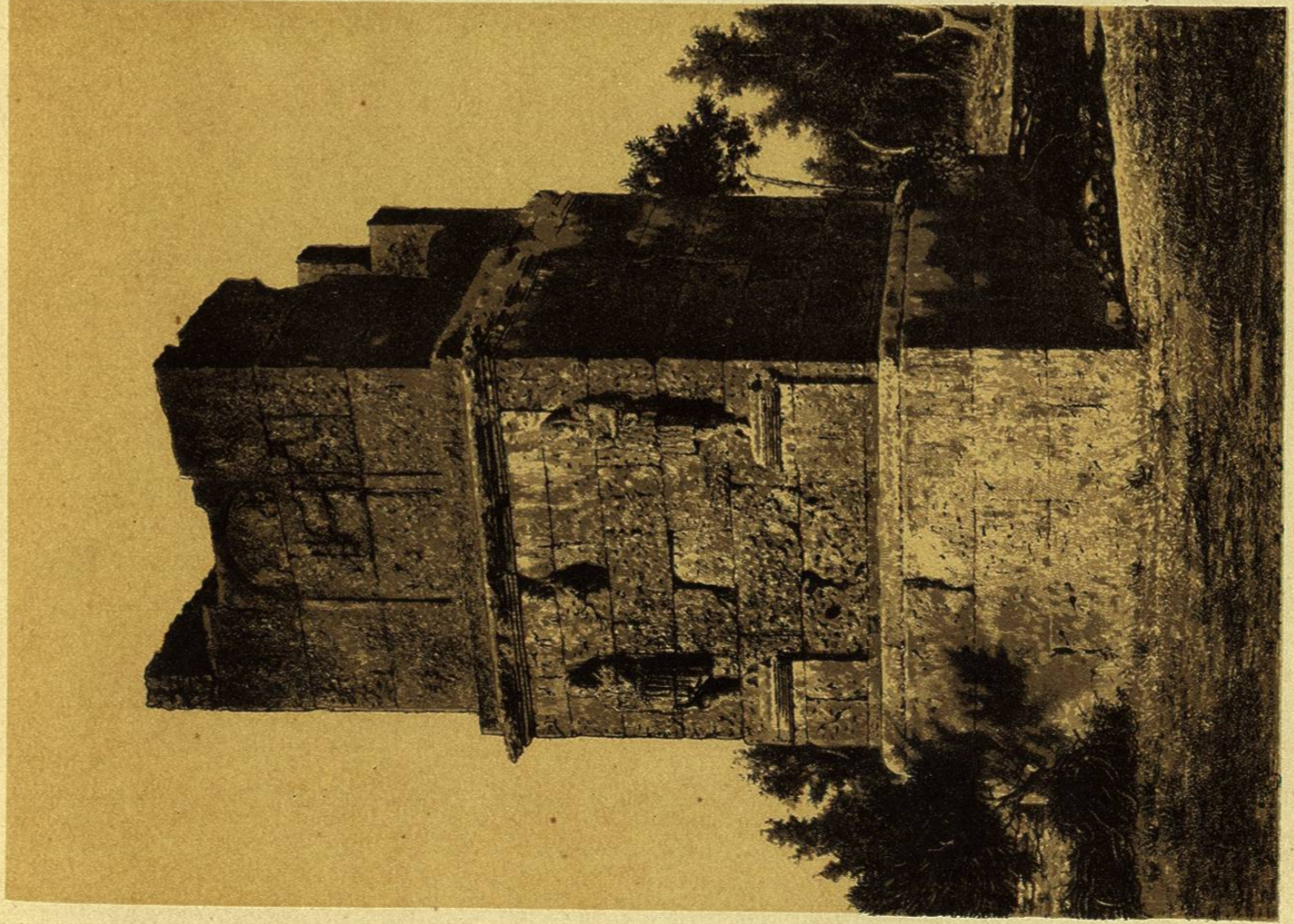
PUERTA CICLOPEA LLAMADA LA PORTELLA EN TARRAGONA

SEPOLCRO DE LOS ESCIPIONES.

Monumento situado a una legua de Tarragona.



LA PORTELLA  
Puerta de construcción ciclopea existente en Tarragona.



SEPOLCRO DE LOS ESCIPIONES.  
Monumento situado a una legua de Tarragona.



ción tan azarosa? Veremos hasta qué punto es caprichosa y voluble la fortuna de las armas, y cuán poco hay que fiar en sus favores.

A la alianza de los romanos con Siphax, opusieron los cartagineses la de Gala, otro príncipe nómada, á cuyo hijo, nombrado Masinisa, mancebo de grandes y aventajadas prendas, encomendaron hiciese la guerra á Siphax. Dióse el jóven africano tan buena maña en la ejecucion, que bastáronle dos combates para destruir por completo á su contrario. Asdrúbal Gisgon le dió en premio por esposa á su hija Sofonisba. Lleno de gloria y de contento el intrépido Masinisa, pasó á España con siete mil infantes africanos y setecientos jinetes nómadas, deseoso de dar ayuda á su suegro. Refuerzo fué este que realentó á los abatidos y tantas veces maltratados cartagineses. Y aprovechando la inaccion de los Escipiones, que descansaban en Tarragona sobre los pasados laureles (falta en que suelen caer los mas afortunados guerreros), pusieron en marcha con intento de realizar el pensamiento en que tanto habia insistido siempre el senado cartaginés, el de reforzar á Aníbal en Italia. Asdrúbal Barcino se dirigió al centro de España, dejando un cuerpo de ejército en la Bética, al mando de Magon su hermano y de Asdrúbal Gisgon, con Masinisa.

Dividieronse tambien los dos Escipiones, al saber este movimiento, y aquello vino á ser la causa de su ruina. Cneo fué contra Asdrúbal Barcino, Publio contra Asdrúbal Gisgon y los otros. Encontró Cneo á Asdrúbal en Anitorgis (Acañiz). Confiaba el romano en treinta mil celtíberos que acaudillaba, gente valerosa y fiera. Mas halló el astuto cartaginés medio de sobornarlos, y abandonaron las filas romanas, que con esta defeccion quedaron demasiado menguadas, y Cneo tuvo por prudente retirarse y evitar la pelea.

Peor suerte estaba sufriendo allá hácia Cástulo su hermano Publio. Acosábale sin dejarle momento de reposo la caballería de Masinisa, aquella caballería nómada que tanto estrago hizo siempre en las falanges romanas. Venia además contra él el español Indibit con siete mil quinientos suessetanos (1); vióse Publio por todas partes cerrado y acometido: sirvióle poco defenderse con bravura; un bote de lanza le atravesó el cuerpo y le derribó del caballo. Con la muerte de Publio se desordenaron sus huestes; la noche libertó á unos pocos del encarnizado furor de los vencedores. No desaprovecharon estos la victoria. Vuelan á incorporarse á Asdrúbal Barcino que seguia á Cneo. Encuéntrase este envuelto por tres ejércitos á la vez: levanta de noche sus reales y se retira; pero la caballería de Masinisa se destaca en su seguimiento; gana el romano una pequeña colina, donde improvisa una rústica trinchera hecha con los aparejos y tercios de las acémilas: tras este débil y flaco vallado se defiende con valor prodigioso; pero oprimido por el número perece con la mayor parte de su gente (2).

Así acabó aquel valiente romano (216), el primero que inauguró en España el futuro señorío de Roma. Así acabaron aquellos dos esclarecidos hermanos, cuyas campañas habian sido una cadena de gloriosos triunfos. Así quedaron en un momento desvanecidas las esperanzas que fundaba Roma en los talentos militares de los Escipiones. ¡Qué mudanza en el teatro de la guerra! Ayer apenas existia ejército cartaginés, y hoy apenas existe ejército romano: ayer las águilas romanas enseñoreaban el país, hoy las cortas reliquias de aquellas legiones no encuentran donde guarecerse. Los que van á refugiarse en Castulon encuentran cerradas las puertas de la ciudad: los que se guarecen en Illiturgis son de noche bárbaramente degollados: fueron otros á buscar amparo de la parte allá del Ebro.

Quedábale aun á Roma un genio militar en España; genio con que no contaria la república, porque se ocultaba bajo el modesto uniforme de simple centurion ó capitán de compa-

ña. Este genio era Lucio Marcio, hijo de Septimio Severo, caballero romano.

Marcio no se rindió al desaliento que en los rostros de los fugitivos veia pintado, incluso Fonteyo, único jefe de alguna graduacion que quedaba. Ocurrióse á los soldados nombrar general á quien tan osado y resuelto se mostraba. Pero al saber que Asdrúbal, franqueando el Ebro, se les venia encima, y tras él Magon que seguia sus huellas, turbóseles de nuevo el ánimo, y mustios unos, renegando y maldiciendo de su suerte otros, esperando todos una muerte que miraban como infalible, luchaba y trabajaba el improvisado general por infundirles aliento, sin que su voz apenas fuera escuchada. Entre tanto el enemigo casi toca á sus reales. La vista de los estandartes cartagineses produce una trasformacion mágica en los ánimos de aquellos desdichados; el miedo se trueca en desesperacion, la desesperacion en coraje, y aquel puñado de hombres á manera de leones embravecidos se arrojan sobre los cartagineses, que sorprendidos con tan impetuosa y brusca arremetida, vuelven vergonzosamente la espalda. Todos se maravillaron, los unos de ver huir, los otros de verse huyendo. Calculando luego Marcio que los enemigos no esperarían un segundo ataque, conociendo además que si daba lugar á que se les reuniese Magon no quedaba á los suyos manera de salvarse, concede algunas horas de reposo á sus fatigadas y escasas tropas, y en altas horas de la noche se entra á las calladas en el campo y reales de Asdrúbal, que descuidado y sin guardias ni centinelas dormia. Cansáronse de matanza sus soldados y sin darse mas vagar prosiguieron en busca de Magon, á quien hallaron igualmente desapercibido. Penetran con el mismo ímpetu en sus estancias: era ya de dia: Magon y los suyos á la vista de los paveses y espadas de los romanos ensangrentadas con la matanza reciente, se llenan de estupor y se ponen en fuga: síguelos Marcio, los alcanza, y los romanos se cansan tambien de degollar: los capitanes cartagineses pudieron escapar á una de caballo (3).

Salvó Marcio de un solo golpe las dos Penínsulas: la España venciendo á los cartagineses, la Italia impidiendo la marcha de Asdrúbal, que unido á Aníbal que todavia se hallaba pujante hubiera podido poner á Roma en grande aprieto.

Pagósele Roma con ingratitud. En la carta que Marcio dirigió al senado se daba el título de pro-pretor, que debia solo á la aclamacion de los soldados. Tomólo á mal la orgullosa aristocracia romana, y sin dejar de reconocer la importancia de sus grandes hechos ni de hacer justicia á sus altas prendas anuláronle implícitamente nombrando pro-pretor de España á Claudio Neron, que entonces hacia la guerra de Capua contra Aníbal. El generoso Marcio, no obstante ver tan mal recompensados sus eminentes servicios, llevó tan adelante su desprendimiento, que cuando llegó Neron á España le entregó sin darse por sentido aquellas tropas que le habian aclamado su general, y se puso bajo sus órdenes sin otro pensamiento que el de continuar sirviendo á su patria en el puesto que le designaba. Así el que acababa de dar un ejemplo de admirable heroicidad, dió tambien un ejemplo de admirable patriotismo.

Poco tino mostró el senado romano en la eleccion de Claudio Neron. Desembarcado que hubo en España con once mil infantes y mil caballos que de refuerzo trajo (211), fué en busca de Asdrúbal, á quien halló entre Illiturgis y Mantis en los bastetanos (4). Faltóle poco para coger al cartaginés en el disfiladero de un bosque; pero reconociólo Asdrúbal á tiempo, y entreteniéndole á Neron so pretexto de negociaciones de paz, hizo una noche desfilar calladamente su ejército, dejando las hogueras encendidas en el campamento para mejor engañar al romano: él mismo despues á presencia y vista de Neron metió espuelas al caballo y se alejó en busca de los suyos. De modo que la única hazaña de Claudio Neron durante su breve

(1) Créese que eran los de Sangüesa.

(2) A cuatro millas de Tarragona se ve todavia un monumento ilustre que se dice ser el sepulcro de los Escipiones. La batalla de cierto no fué en aquel sitio; pero pudo ser muy bien y es harto verosímil que los romanos trasladaran allí sus cenizas, como asiento que era Tarragona de su gobierno.

(3) Debíó tener lugar este suceso cerca de Tortosa. En el campo cartaginés se encontró un escudo de plata de ciento treinta y ocho libras de peso con la imagen de Asdrubal Barca ó Barcino. Este monumento de las glorias de Marcio fué llevado á Roma y se colgó en el Capitolio. Llámase *Escudo Marcio*. Tit. Liv. lib. XXXV. Valer. Max. lib. I.

(4) Mariana los nombró ausetanos, indudablemente con error.